

cuestiones preliminares, nos encontramos ante la primera obra de teología espiritual que trata de exponer la espiritualidad de San Josemaría en su conjunto y, a partir de ahora, tendrá que ser tenida en cuenta como un manual de referencia.

Carlos Ortiz de Landázuri

WRIGHT, N. T., *Paul and the Faithfulness of God* (Fortress Press, Minneapolis, Minnesota 2013). 1658 pp. en dos tomos. ISBN: 978-0-8006-2683-9 (libro impreso) ISBN: 978-1-4514-5234-1 (libro electrónico)

El ambicioso proyecto de N.T. Wright, un estudio literario, histórico y teológico de “los orígenes del cristianismo y la cuestión de Dios”, empezó en 1992 con la publicación de “El Nuevo Testamento y el Pueblo de Dios”, y continuó con “Jesús y la victoria de Dios” (1997) y “La resurrección del Hijo de Dios” (2003). Aparece ahora el esperado estudio sobre san Pablo, y no puede llegar en mejor momento, no sólo por el interés reciente que suscita el apóstol entre filósofos contemporáneos (entre ellos, Agamben) sino por el papel esencial de la teología paulina en el Nuevo Testamento y en la historia cristiana.

Nicholas Thomas Wright se retiró en 2010 de sus deberes pastorales como obispo anglicano de Durham para dedicarse a la enseñanza en la Universidad de Saint Andrews, y es uno de los teólogos más admirados en el mundo anglosajón. Organiza el material en cuatro secciones: Pablo y su mundo, la mentalidad del apóstol, la teología de Pablo, y Pablo en la historia. Su habilidad expositiva y explicativa es admirable, pero sin duda el libro podría haber sido editado en menos páginas. La mejor manera de enfrentar sus muchas horas de lectura es pensar que se trata de cuatro libros; sólo la tercera sección será obligatoria para todo estudiante de Pablo.

Los talentos de Wright se evidencian nada más iniciar la lectura con una magistral introducción de setenta páginas sobre la carta a Filemón. El brevísimo texto, y que a primera vista no parece más que una anécdota, no es teológicamente inferior a Romanos o Gálatas y Wright aprovecha para reafirmar el “realismo crítico” demostrado en estos volúmenes sobre los orígenes del cristianismo; el estudio de la historia actúa como un freno necesario al entusiasmo que todo teólogo tiene por sus propias ideas. La lectura alegórica sobre la Teología y la Historia es iluminadora (pp. 68-74). Wright ve en Filemón a la Teología con su formidable y firme tradición, una teología que sabe lo que es la ortodoxia y defiende el orden en su mansión magnífica, dispuesta a condenar cualquier asomo de insubordinación en sus criados; y Onésimo sería figura del gran proyecto historiográfico moderno desde la Ilustración, un pro-

yecto sometido a esclavitud y, naturalmente, como todo esclavo, deseando ser libre. En la historia del amo y del esclavo va a ser Pablo quien obra la reconciliación entre lo teológico y lo histórico, pidiendo al esclavo que regrese a su antiguo amo, pero al mismo tiempo pidiendo a éste que no lo reciba como esclavo sino como hermano porque Jesús los ha unido así para siempre. La teología tiene que aceptar el desafío de la historia o acabará siendo irrelevante. No se trata de colapsar la historia en la teología o al revés. La única manera de entender a Pablo, su teología, es conocer el mundo en que vivió, su historia. “A good theology is always rooted in good history”, escribe Wright (p. 87).

Antes que nada, Wright ve en Pablo a “un filósofo judío” (p. 204) que permaneció siempre “un profundo pensador judío” (p. 1038), pero su definición de la perspectiva judía no fue ni simplista “historia de la salvación” ni simplista visión apocalíptica. Es muy acertada la noción de que las “iglesias” o comunidades que fundó serían vistas por sus contemporáneos más como una escuela filosófica de sabiduría y estilo de vida que como otra “religión” más en el imperio. Entender la mentalidad del apóstol requiere el estudio de los símbolos en el judaísmo, en el mundo pagano antiguo, y en el imperio romano. Los grandes símbolos de la cultura judía, como el Templo, la Torah, la oración, la geografía de Israel (aunque este símbolo casi desaparece en Pablo), la familia o pueblo de Dios, son transformados por Pablo pero la llave de esta radical revisión no es la superioridad religiosa sino la escatología. Wright no ve en el apóstol una actitud anti-judaica o de reemplazo de Israel por la Iglesia; al revés, es la esperanza de Israel (y la fidelidad de Dios) la que se extiende ahora a través de la Iglesia por toda la tierra. Pablo reconstruye el mundo de la praxis simbólica y el símbolo primario es *ekklesia*: su unidad, santidad y testimonio. Si insistió en romper con las marcas de identidad judía, su simbología afirma que los cristianos son el pueblo unido del único Dios. La unidad, y la unidad de la Iglesia, y la unidad de todos es esencial a la fe de Pablo. Una sola familia, un solo pueblo, una sola mesa para todos, símbolos que tienen su firme fundación en el monoteísmo. La unidad para Pablo no es una mera razón práctica (como entre los jugadores de un equipo de fútbol) sino algo mucho más profundo: “tener la mente de Cristo”. Sólo una robusta identificación en Cristo hace posible la adaptación a otros. Al mismo tiempo, la *ekklesia*, como “el cuerpo del Mesías”, no es ni más ni menos que una nueva versión de la raza humana. (Wright usa “Mesías” en lugar de “Cristo” para visualizar mejor a Pablo judío.)

Si parece exagerado decir que Pablo inventó la teología no lo es en cierta manera. “El modo de oración reflexiva sobre Dios, los caminos de Dios, el trabajo de Dios, el propósito de Dios, y en definitiva, la fidelidad de Dios —esa tarea que llamamos de alguna manera ‘teología’— tenía que tomar, casi de repente, un nuevo papel” (p. 403). Para Pablo, explica Wright, esto fue algo providencial y parte del mismo significado del Evangelio. Pensar claramente sobre Dios y sus misterios dejó de ser un lujo intelectual para unos pocos. En la idea y práctica paulina todo cristiano sería teólogo, es decir, el creyente tendría que renovar su manera de pensar y hacerlo de forma que ese pensamiento pudiera sostener toda una visión del mundo. “La sabi-

duría, antes un lujo de los ociosos, se ofrecía ahora al esclavo, al tendero, al ama de casa” (p. 404). La “teología”, aunque no inventada por los primeros cristianos, es el sustento de la *ekklesia*, y sin esa incesante “oración reflexiva” o “pensamiento meditativo”, no hay manera de sostener una visión del mundo. La Iglesia o la fe se hacen irrelevantes, dejan de ser la sal y luz del mundo, algo siempre esencial y cuya ausencia está en mi opinión en la crisis larga del cristianismo occidental. Pablo concibe y crea comunidades de “santos” (*bagioi*); no son ni judíos ni griegos sino cristianos; son *ekklesia* de Dios, hombres y mujeres en armonía con las mejores aspiraciones del resto de la humanidad. Para Wright este es un punto “masivo e importante”. Pablo ha entendido que ha nacido una humanidad nueva y que necesita de todos un pensamiento nuevo. El pensar teológico es esencial al creyente.

La praxis de Pablo, es decir, lo que hacía sin necesidad de pensarlo, el aire que respiraba, porque era su vida, se puede elaborar. En primer lugar, es un hombre que vive “en el Mesías” y que, sin esfuerzo y casi de manera natural se entiende a sí mismo viviendo un nuevo acto en un drama mucho más vasto como es el de la narrativa del Dios único, su pueblo y el mundo. Al mismo tiempo, se ve a sí mismo como apóstol, como uno llamado a predicar el evangelio; por ello se ve envuelto en una lucha cósmica y sufre aunque cree en la victoria definitiva; en consecuencia sufre de muchas maneras. Wright no ve en él un Ignacio de Antioquía, deseoso del martirio, pero tampoco un estoico. Y en tercer lugar, Pablo es un pastor que cuida sus hermanos en la fe, en Cristo, como una madre. A esta lista, Wright añade dos cosas más: Pablo era un escritor, y un escritor de calidad a la par con algo nuevo y por lo que Pablo merece crédito: el inventor de lo que llamamos teología cristiana. Sus cartas, por su escritura y urgencia, no pertenecen sólo en una revista confesional cristiana o católica, sino, añade el obispo Wright, en el *Times Literary Supplement*. Otra necesaria lección para el teólogo contemporáneo. Y por fin, la colecta para la comunidad de Jerusalén, como resumen práctico y elocuente de la gran narrativa de su vida: el pueblo de Israel y la ciudad santa, la unidad y el ágape cristianos.

La idea central de Wright es que Pablo nunca dejó ser un pensador judío y que volvió a pensar, elaborar e imaginar los tres grandes temas del monoteísmo, la elección y la escatología de Israel según Jesús el Mesías y el espíritu (en lugar de Cristo, Wright escribe Mesías). Estos son los tres capítulos centrales del libro (del 9 al 11, con un total de 660 páginas). La idea de que Dios vendría a rescatar a su pueblo se mantenía viva en la época de Jesús. Aquí Wright hace una “nueva propuesta” porque ve a Jesús como “el retorno de YHWH” (p. 649), un retorno personal. Larry Hurtado ha criticado esta noción en su blog y con razón porque, en la estrecha relación que hace Pablo de Jesús con Dios, siempre distingue uno y otro: Jesús no reemplaza a YHWH. Se trata de un monoteísmo “nuevamente revelado” de modo que Jesús y el espíritu aparecen dentro de la divinidad. La elaboración paulina del espíritu como unidad y santidad en la iglesia, y un monoteísmo revisado junto con la idea del reino de Dios, y lo que supone en la cuestión del problema del mal (pecado y la redención). El mismo proceso ocurre con la noción de “pueblo de Dios” elaborado ahora a la luz de Jesús.

La hipótesis de Wright es que tal proceso de revisión, motivado por la naturaleza drástica de la muerte y resurrección del Mesías y el poder del espíritu (en minúscula siempre en el libro: cuando Pablo escribe Cristo quiere decir Mesías, no es un nombre propio, en español ha terminado siéndolo en la palabra Jesucristo) “no es un mero reajuste sino radicalmente un nuevo estado de cosas, bien que sea uno que había sido prometido en la Torah, los profetas y los salmos” (p. 783). Aquí también la crítica de Hurtado es oportuna: creer que Jesús de Nazaret era el Mesías esperado no es razón suficiente para invocarlo como Dios, en el mismo acto de reverencia a YHWH, y algo que los primeros discípulos hicieron con sorprendente rapidez. Hurtado hace recurso a una experiencia poderosa de revelación, algo así como una visión de la gloria de Jesús, unida a los oráculos de los profetas, pero ésta es una explicación que por un momento convence y luego deja de hacerlo. La teología paulina, de todos modos, es una revisión de la teología judía, y su pensamiento cristológico es la lente principal a través de la cual Pablo contempla la antigua doctrina de la elección divina de Israel. El lenguaje de justificación hay que entenderlo por tanto dentro de una redefinición de “elección”. La secuencia sería: Dios creador ha decidido por fin hacer todas las cosas de nuevo (escatología de la creación), pero para que esto ocurra, hay que hacer justos a los seres humanos (escatología antropológica), y la manera de conseguirlo es a través de la alianza (escatología de la alianza); la crucifixión indica que el problema era mucho más grave de lo que antes se había sospechado. Este proceso de revisión, como si refrescara ideas tradicionales a la luz de Jesús y la resurrección, es lo que llamamos teología cristiana.

En el capítulo 11, sobre el futuro del mundo que Dios desea, Wright muestra la raíz del pensamiento paulino en la Biblia hebrea, una colección de textos que proclaman de manera excepcional una esperanza formidable no para el más allá sino para este mundo en que vivimos. El Dios de Israel es el creador de todo y un día hará que su creación sea por fin lo que tiene que ser. La escatología judía surgió del mono-teísmo y de la elección de Israel. Aquí también Pablo modificó esas ideas convencido de que en Jesús el final tan esperado había llegado en medio de la historia, aunque sea un futuro inaugurado y no consumado. La redención de la que habla Pablo es la acción por la cual Dios ha actuado con decisión dentro de la historia para resolver el mal en general y el pecado de su pueblo en particular; una vez eliminado este obstáculo se inicia la nueva creación empezando con la resurrección de Jesús. Dios ha actuado en todo según su fidelidad a las promesas.

La cuarta y última parte del libro se titula “Pablo en la historia” y en ella Wright completa su emplazamiento de Pablo en el mundo judío, griego y romano. Pablo estaba convencido de que algo absolutamente único y extraordinario había ocurrido con la venida, muerte y resurrección de Jesús como Mesías. De ahí que viva “fuera de sí mismo”, bajo la fuerza de un amor radical que le hace actuar de una manera diferente, inesperada, y que sin embargo, concuerda a la perfección con los más nobles deseos y aspiraciones de la humanidad. Ha nacido un nuevo mundo. Pablo ni vive ni predica una soteriología de escape o una piedad pueril sino en la construcción de una nueva y definitiva creación, marca absoluta de la fidelidad de Dios a la alianza

con Israel. Lo que llamamos “apostolado” (una palabra hermosa en su origen pero barnizada sin remedio por la pátina del clericalismo, el pietismo o el abuso proselitista) es en Pablo Apóstol la tarea esencial de la vida y la más hermosa, porque él se vio y entendió a sí mismo construyendo esa nueva creación según Cristo de todas las cosas, lo visible y lo invisible. El llamado evangelismo o apostolado ni debería atreverse a compararse con la obra de Pablo desde su conversión cerca de Damasco. Lo que nos sobrecoge leyendo sus cartas es que el lenguaje de la oración de Pablo es el lenguaje de la verdadera teología cristiana. Y así, Wright concluye su magnum opus: “Para Pablo, oración y teología se encontraron en su historia personal, como en la historia única e irreplicable del Mesías crucificado y resucitado. Los ‘objetivos’ de Pablo, su vocación apostólica, modelaron la fidelidad de Dios. Concentrados y reunidos. La oración se hizo teología; la teología oración. Una realidad entendida” (p. 1519).

Una virtud de Wright consiste en su exploración de las cartas paulinas no tanto como el medio a través del cual Pablo desarrolló su pensamiento sino más bien como “pequeñas ventanas” abiertas a un mundo mucho más amplio, denso en creencia y vida, un mundo de exégesis y oración, de fe, amor y esperanza. Este libro vasto en extensión y erudición demuestra un extraordinario talento para ver a través de esas ventanas del asombroso epistolario paulino y permanecerá como una obra capital para la comprensión de san Pablo.

Álvaro Silva

Reseñas

REGO, J., *El bosque simbólico. Itinerarios para una reflexión sobre la acción sacramental* (Edizioni Liturgiche, Roma 2012). 412 pp. ISBN: 978-88-7367-157-2

Desde el siglo pasado la teología ha privilegiado la noción de “símbolo” para explorar la naturaleza de la acción litúrgica sacramental. En los últimos cincuenta años esta reflexión ha generado una literatura verdaderamente selvática: la presente disertación doctoral intenta ofrecer una presentación sistemática de la misma (de ahí su título).

El capítulo I (37-70) estudia la reflexión de Guardini sobre la acción litúrgica. A pesar de que este autor es anterior al período investigado, su estudio es pertinente, pues en él aparecen concentrados de forma unitaria los diversos argumentos que se